

SERMON  
PARA EL  
**DOMINGO DE PALMAS**

SOBRE LA GRANDEZA HUMANA

ESCRITO POR EL

**DR. D. JOSE MARIA GALINDO**

CHANTRE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA

*Hosanna Filio David.*

S. Math., c. XXI.

Quien vió las calles de Jerusalem llenas de flores y los inmensos grupos del pueblo pronunciándose á gritos por un hijo del país á quien llamaban hijo de David y Rey de Israel, *Hosanna Filio David*: segun aquella maxima de que "el pueblo que quiere ser libre lo es," hubiera creido, que para esa colonia del imperio habia sonado la hora de hacerse independiente. Mas nada de eso, aquello fué una llamarada de paja, una exhalacion popular que lució y se apagó en el instante. Sin embargo, seria de ver una larga procesion desde Betania hasta el atrio del templo, el entusiasmo de los pronunciados, la compostura del camino, y sobre todo la presencia apacible del objeto de aquellos vivas que, cabalgando sobre un jumento, se dejaba vitorear de la multitud, hasta el extremo de decir: "que si los hombres callaran lo acla-

marian las piedras." Como el entusiasmo del pueblo es temible, y en sus delirios cabe, lo que suele no caber en la imaginacion, supongo acuartelada la tropa y á las autoridades dictando providencias para mantener el orden y sosegar la *connocion*. Lo más raro es que concluye la asombrosa jornada, las palmas y ramos quedan en el suelo, los gritos cesan, las masas se van disminuyendo hasta que desaparecen, y la ciudad vuelve á su antiguo reposo, sin haberse notado una desgracia, ni destituido una autoridad. El proclamado Rey apenas queda con una compania de voluntarios que lo siguen, sin encontrar una patrulla que les detenga el paso. La asonada no pudo haber sido mas pública, pues un hecho tan ruidoso, á medio dia se habia reducido á un profundo silencio. Los vivas, el alboroto, el *Hosanna al Hijo de David*, todo se hundió en la eternidad.

Llegó la noche: ¿pensais que esa noche hubo reuniones para uniformar la opinion y dar de acuerdo un golpe decisivo, hasta poner en el trozo *al hijo de David*? Quien vió el entusiasmo de por la mañana podia calcular que dentro de ocho dias, á lo sumo, era negocio concluido, el César sin autoridad, y con toda ella el admirable candidato. Un cambio más ligero se hizo en Babilonia (1), y no tenia el nuevo monarca el carácter de Mesias prometido. Emperó... ¿que ocho dias?... apenas corrieron otros seis, cuando el mismo pueblo, con aquella propia boca que gritó el domingo para proclamarlo, el próximo viérnes se alborotó de nuevo para pedir su muerte. Cotejad estos dos alborotos de un mismo pueblo; medid la distancia que los separa y haced las glosas para un comun desengaño.

Jesús conocia muy bien el voluble sufragio de la multitud: *dueño de los tiempos y de los acontecimientos*, miraba desde el domingo todos los sucesos del viérnes: y solo entra en una especie de triunfo para cumplir una profecia que marcaba este lance (2), y para darnos una leccion inte-

(1) En una noche murió Baltasar y le sucedió Ciro.

(2) Zacarias, cap. IX.

resante de que *toda la grandeza humana tiene un domingo para coronarse de rosas y un viernes para coronarse de espinas*. No me puedo desentender de esta preciosa idea, ella será mi asunto principal; mas para que produzca todos sus efectos, pidamos la asistencia del cielo.—*AVE MARIA.*

—

*Hosanna, etc.*

No fué esta la primera vez en que el pueblo hebreo quiso proclamar á Jesucristo. Despues de una abundante comida que les improvisó en el desierto, como aquellos soldados que solo se van con el que paga bien, quisieron dar el grito y saludarlo rey. Jesus burló entonces la espectacion, desapareciendo de la concurrencia (1), desechando así aquel proyecto ridiculo, aquella revolucion sin principios, sin plan y sin orden..... ¿qué más hubieran deseado sus enemigos, para dorar la calumnia de que perturbaba la tranquilidad? Jesucristo es rey, pero no un rey faccioso; como hijo de Dios es rey de todas las naciones (2), como hijo de David lo era particularmente de los judíos; no necesita de la sedicion ni del desorden. Los títulos que trae en su adorable persona y la sangre que corre por sus venas probarán esta verdad que confesó él mismo delante de los jueces. Cierto es que hoy no se *fuja*, ni contiene los vivas; mas no ha sido por que viera en el trono un nuevo halago que lo apasionara; sino por que quiere enseñarnos los *sinsabores* de la grandeza y los *reveses* de la fortuna. Luego la grandeza humana, á más de la cruz en donde vive crucificada, está expuesta á un cambio que la puede acabar. Estas dos razones hacen más apreciable la humildad y más odiosa la ambicion.

(1) S. Joan, cap. VI, v. 15.

(2) *Dominus dominorum est, et Rex regum.* Apocalip., c. XVII, v. 14.

Pues que hagan tambien las dos partes de este corto discurso y comencemos por su orden.

Si sostuviéramos un paralelo entre la baja y alta fortuna, glosando las ventajas y quiebras de una y otra, haciéndoles un escrutinio riguroso, en el último análisis se quedaria sin voto la elevada fortuna. Veríamos que la grandeza tiene una amargura interior que la fastidia, y una pena exterior que no la deja quieta. Las flores, que le riegan en sus destinos, jamás le satisfacen, cuando le punzan las espinas de que se ve rodeada. “Solo Dios es siempre gozo, y fuera de él no hay verdadero gozo.” El hombre grande con sus ponderadas comodidades nunca llena el vacío inmenso que tiene en su corazón, pues cuando el pobre se apura por la que le falta, el grande agoniza por la que le sobra: una cama blanda dispone para su descanso; ¿y si no le viene el sueño? ¡Cuántos infelices dormirían tranquilos aquella noche en que el rey Asuero, *gobernador de veintisiete provincias*, tuvo que entretenerse con los anales de su reino! Le espera una mesa espléndida, ¿y si la misma gula le extravió el sistema y no le viene la apetencia? Mientras el pobre, sobrio de por medio, mantiene su salud robusta y el apetito en ejercicio. Cortinas, vidrieras de gran tono, un suntuoso palacio, ¿para qué? para no resistir á la inclemencia que resiste el pobre con una miserable cubierta. Una ansia continúa devora á los grandes, y una perpétua displicencia les abruma; su corazón se halla donde está su grandeza. ¡Qué cálculos para aumentarla! ¡Qué temores de perderla! La espina de la esperanza les hiere al pretender, la de la inquietud al conseguir y la del dolor á la hora de perder. Leen siempre los papeles públicos con muchísimo miedo, temiendo un *decreto*, una orden ó la triste noticia de que murió el protector. Rodeados de émulos viven los grandes esclavos de sus destinos y presa de los aduladores que les perjudican más que sus propios enemigos. Todo les asusta, la caída de un ministro, la mudanza de gobierno..... “tienen que adular al que manda

por un ascenso, al favorito por una recomendación y al desvalido para que no estorbe." En las convulsiones civiles, ¡qué sin sabor! ¡con qué pena vive envidiando el sosiego inalterable del pobre (1)!

Pues éste es el espíritu de la grandeza humana. Aun separándola de la parte viciosa, esto es, cuando se desempeña con la virtud, no se le pueden quitar las espinas. Jesucristo conocía como nadie que en el estado actual del mundo casi es imposible ser grande y ser feliz, ser grande y ser justo: grande á los ojos del mundo y grande á los ojos de Dios. Así entró lleno de mansedumbre en medio de las aclamaciones, porque es el único recurso que les queda á los grandes, humillarse, emplear su autoridad en el bien público y esperar en las manos de la Providencia el movimiento de las cosas. ¡Infeliz el que se haga un cálculo igual al de aquellos impíos que asentaron este pernicioso sistema: "Coronémonos de flores antes de que se marchiten (2)! Es decir, saquemos á nuestra grandeza toda la utilidad y ventajas posibles. Necios, ¿qué no miran que jamás podrán coronarse de rosas, sin quedar coronados de espinas? San Ambrosio explica este pensamiento de un modo divino: "Dios circundó de espinas á la rosa para dar una muestra de la vida humana, pues en la suavidad de sus mentidas delicias siempre hay estímulos que mortifican y espinas que punzan (3)." "Las prisiones de este mundo, dice San Agustín (4), tienen aspreza verdadera y falsa dulzura, dolores ciertos y gustos inciertos, trabajo duro y reposo inquieto, un lleno de miseria y una esperanza vacía de felicidad." Y muy vacía, porque aunque se remiencan en un solo hombre todos los bienes de la tierra, esa plenitud daría por resultado el que el alma quedara más hueca, menos satisfecha y más amplio el vacío. ¡Con qué acierto se pone

(1) Todo este trozo en el fondo es del Illmo. Fejjo. Teat. crit., t. I.

(2) *Coronemus nos rosis, antequam marcescant.* Sap., c. II.

(3) Tom. I, lib. 3. Hexam. c. XX.

(4) Epist. 39.

una cruz sobre la corona de los reyes y en los báculos de los obispos para insinuar que cualquiera dignidad es una cruz! (1) No puedo olvidar lo que dijo Carlos V á Felipe II al poner en sus manos el gobierno: "¡Oh hijo! un gran peso coloco en tus hombros: te aseguro que lo que há que manejo el reino, no he tenido un cuarto de hora libre de desvelos y fatigas." Leon XI, muriendo á los veintisiete dias de pontificado, exclamó: ¡Cuánto mejor me fuera haber tenido las llaves de un convento y no las del cielo! Sobre que hasta las delicias y diversiones del pobre son la ocupacion y cuidado del grande..... ¡Oh grandeza humana, qué grande es el tormento que te acompaña! pues ¿qué será si á mas de las espinas de que se corona, agregamos los reverses de la fortuna? Este nuevo desengaño se examinará en la segunda parte.

Entre todas las divinidades de la fábula, la fortuna fué la más venerada; ¡asombra! Solo en Roma seiscientos templos se erigieron á la fortuna (2). Tal era el miedo que le tenían á su terrible rueda; todos querían á fuerza de ofrendas clavar esa rueda cuando estaban en la parte superior ó rodarla cuando se veían en el punto opuesto. La tal diosa, ciega como los hombres que la divinizaron (3), golpeaba sin cálculo, sucediendo muchas veces que el verdadero mérito lloraba á sus plantas, mientras ella levantaba del polvo á hombres indignos, hijos puramente de un viento favorable. Era lo más célebre de esta fantástica divinidad que siempre correspondía á tantos sacrificios con una burla perpétua. En vano sería referir los innumerables petardos que llevaron sus fieles servidores, pues á pesar de los ruegos y aun de las lágrimas, la funesta rueda continuaba su marcha en un giro eterno, echando por tierra los palacios más soberbios y subien-

(1) *Cert ibi cruz triplex, Gregori? triplex que corona? Nonne suam sequitur quoque corona cruce?*

(2) Casaneo. Citado por el Dr. Suarez en la expos. del libro de los Fastos de Ovidio.

(3) *Similes illis fiant, qui faciunt ea.* Psalm. 113.

do hasta el cielo las pajas más humildes. En este genio imaginario parece que dominaba la complacencia de dar golpes contusos desde la mayor altura, pues si se elevaba hasta lo sumo, era para que el porrazo fuera hasta lo ínfimo. Así pensaban los gentiles sobre los sucesos de la vida; no cabe en la imaginación como unos sabios pudieron hacer dios á un ente que no premia la virtud ni castiga el vicio. Pero cristianicemos estas ideas traduciéndolas al idioma del Evangelio, y nos inspirarán un desengaño, no solo filosófico sino cristiano, porque eso que se llama fortuna no es más que la adorable Providencia de Dios que todo lo regula, de ese Dios que ha querido probar en la infinita variedad de las cosas la invariabilidad absoluta y única del que las supo crear (1). Dios es el que ha dispuesto todos los casos favorables ó adversos; él es el que hace mendigos y ricos, sabios ó ignorantes; él es el que sienta al hombre en el sólio y el que rompe la silla. El produce los hombres bárbaros de las selvas y los ilustrados de las naciones cultas; él crió la semilla de los árboles venenosos y la de los saludables; él crió á los animales que nutren á los hombres y á aquellos que se nutren con los hombres; en una palabra, Dios lo hace todo y *todo lo hace bien*. ¿Pues quién no teme al ver á la grandeza humana amenazada, no de una diosa ciega que no distingue objetos, sino de un Dios verdadero que *es todo ojos* para ver, y que para esos ojos es visible hasta lo que no se mira? Los grandes lances que nos han sorprendido, ó en la historia del mundo, ó en la nuestra propia, las repentinas mudanzas que aun no acabamos de admirar, todo es efecto de esa innegable Providencia que sabe hacerse tocar en un punto el palacio y la cárcel, los honores y la ignominia, la opulencia y la miseria, el trono y el cadalso..... *ó las flores y las espinas*..... Tiemblen, pues, los grandes el golpe de una ma-

(1) *Nihil quidquam stabile, et firmum, Arbitr ille rerum esse, voluit, præter ipsum.* Just. Lips. de const., lib. I, cap. 18.

no omnipotente: *¿á dónde han de ir que puedan escaparse? Si suben al cielo allí está, si bajan al infierno allí la encuentran, si vuelan por el aire ó se sumergen en el mar allí sentirán esa diestra soberana* (1), que es pesadísima cuando se enoja.

Hagamos una observación en la mudanza de todas las cosas y conoceremos que todo pelea en favor de Dios contra los insensatos (2). “El mundo engaña, la suerte burla, la salud falta, la edad se pasa, los años vuelan, la vida se acaba, la muerte arrebatada, el sepulcro traga, la tierra cubre, los gusanos deshacen, la memoria olvida, y el que ayer fué hombre, hoy es polvo y mañana nada (3).” La vida no es más que ilusión, agradable solo al comenzar. El año nace entre las rosas de la primavera y desaparece en la tristeza del invierno. El día amanece entre las risas de la aurora y acaba en las tinieblas de la noche. Así el hombre comienza á vivir en los encantos de la niñez y lozanía de la juventud para concluir en los horrores de la muerte..... Y si el hijo de Dios con haberse hecho hombre sufrió el rigor de esta ley, que *no se hubiera publicado en una tierra inocente*: ¿qué se queda para los infelices hijos de los hombres?..... ¡Ah! desengañémonos, la humanidad cristiana y la resignación en la Providencia, es el único recurso que nos queda. Para despuntar de algún modo las espinas de la grandeza humana, no hay mejor expediente que no aspirar á ellas, ó cuando Dios las mande desempeñarlas con la virtud. Solo la virtud hace al hombre impávido en las desgracias; aunque se desplome todo el orbe, se sepultará sin cuidado en las ruinas (4). En fin, tened presente este consuelo que nos regala la religión. Cuando Dios hace infeliz al virtuoso es para hacerlo más feliz con ventaja. Y cuando hace dichoso al perverso, es para castigarlo al doble, “pues le conce-

(1) Psalm. 138.

(2) Sap. c. V, v. 21.

(3) Gracian.

(4) Horacio. Lib. I, od. 3.

dió enojado lo que no le hubiera concedido propicio (1).” Esta es la solución del gran sofisma que los murmuradores ponen contra la Providencia por la aparente injusticia de la distribución.

Grandes de la tierra, si sois insensibles á los estímulos que deben amargaros, si os ha narcotizado el olor de tantas flores, como os riegan: temed un *viérnes*..... cuidado con morir crucificados en la cruz del mundo.... Aprended de Jesucristo, que si se deja vitorear es solo para cumplir con su destino. Tened virtudes..... para que si algún día el mundo pidiere vuestra muerte, murais en la cruz de Jesucristo, que es donde se logra una dichosa resurrección. —AMEN.

(1) *Quaedam negat (Deus) propitius, que concedit iratus.* S. Agust. Tract. 73 in Joan á princ. Tom. IX.

---

SERMON

DE LA

DOMINICA DE PALMAS

PREDICADO

EN LA CATEDRAL DE MEXICO

POR EL

DOCTOR D. JOSE PATRICIO FERNANDEZ DE URIBE,

CANONIGO PENITENCIARIO QUE FUE DE LA MISMA IGLESIA.

---

*Hosanna filio David..... eorum est  
universa civitas dicens: quis est hic?*

S. Matt., cap. XXI, v. 9 et 10.

¿Luego había de ser la triunfante entrada del Hijo de Dios en Jerusalén triste preámbulo de su próxima muerte? ¿Luego habían de andar en la persona del Salvador tan cerca de las palmas las cruces; del triunfo la ignominia, que casi se mezclaron las aclamaciones de Mesías con las maldiciones de criminal: los supremos honores del trono con las últimas deshonras del patíbulo: los alegres vivos con los sediciosos gritos de muerte: el hosanna con el crucifige? ¿Mas qué mucho que en el corto espacio de cinco días se represente una metamorfosis tan extraordinaria, si hoy mismo, cuando Jesucristo se deja ver en Je-

rusalen con todo el magnífico aparato de un Rey pacífico, es recibido con demostraciones tan contrarias? Una humilde porción del pueblo enarbola palmas y olivas, forma de sus vestidos tapetes á los pies de Jesús llenando el aire de vivas y de bendiciones, le rinde homenaje como á su Rey; pero todo este, aunque sencillo, magnífico aparato, no produce en la pérfida Jerusalem otro efecto que inquietud y alboroto, y que conmovidos sus vecinos de varios afectos, ya de ira, ya de envidia, se preguntan afectando curiosidad unos á otros ¿quién es éste?

*Commota est universa civitas dicens: quis est hic?*

No nos detengamos, señores, en la aplicación de este misterio á los soberanos que hoy comenzamos á celebrar. El triunfo que alcanzó Jesucristo sobre la muerte y el pecado á costa de su dolorosa pasión: su triunfante entrada en la espiritual Sion de las almas por medio de una penitencia sincera y perfecta, son el objeto de la Iglesia, y deben ser el nuestro en la solemnidad de esta santa semana. Pero ¿cómo la celebramos, ó qué parte tomamos en este triunfo? ¿La de las turbas que le aclaman, ó la de Jerusalem ingrata que agitada y conmovida no manifiesta sino una inquieta curiosidad? La respuesta á esta pregunta será la materia de esta breve oración. No he de ser yo el que responda. Dejaré que vosotros, después de exponer fielmente lo que pasó hoy en Jerusalem y lo que pasa en México, decidáis si la semana santa es semana de triunfo para Jesucristo: *Hosanna filio David* ó de inquietud y conmoción escandalosa para las almas: *commota est universa civitas dicens: quis est hic?* Quiera Dios dar eficacia á mis palabras como se lo pido por la intercesión de su Madre purísima: pedídselo conmigo saludándola llena de gracia.—**AVE MARIA.**

Palmas ásperas, escabrosas al tacto, que deben sus más dulces frutos á los jugos de aguas salobres: olivas de hoja y corteza amargas al gusto, fecundas en terrenos áridos y montuosos, símbolos ambas de la exterior mortificación, y de la amarga compunción del espíritu, eran las insignias más acomodadas para el triunfo de un Rey que venia á conquistar muriendo, y á declarar una abierta guerra á los placeres de los sentidos y á la vana pompa del siglo. No fué, pues, sin misterio el que las turbas en esta mañana ostentasen ramos de palma y oliva, y que desnudándose de sus vestiduras cubriesen con ellas el suelo por donde pasaba Jesucristo. Si, señores; la amarga penitencia en el corazón, la humilde modestia en el exterior, los sentidos negados á todo placer, aun el más inocente, deben ser las insignias con que celebramos á un Dios que triunfa desde el leño en que muere en esta semana conocida con razón de los antiguos (como enseña el padre san Bernardo) por el nombre de la *semana penosa*. Yo bien sé que la palma y la oliva significan principalmente aquella paz interior del espíritu que debemos establecer en nosotros mismos por medio de un triunfo doloroso y amargo de las pasiones más amables; pero también sé que la memoria que solemnizamos de un Dios que espira destrozado, pobre, escarnecido; que la religión que consagra estos días solo á la penitencia y á la iglesia, publicando en todas sus ceremonias un fúnebre luto, exigen de nosotros las exteriores señales de mortificación y de santa tristeza. Pues ¿qué (decía el esforzado y fiel Urias (1), cuando David con traidor artificio le persuadía que se retirara á descansar) el arca de Dios vivo estará bajo de armados pabellones expuesta á los insultos del enemigo? Joab, mi general, apenas tomará un inquieto reposo sobre la dura tierra, ¿y yo

(1) 2 Regum, cap. II.

he de ser tan vil que coma y beba con aegria? ¿Qué duerna en blando lecho y dé gusto á mis sentidos? *Arca Dei habitat in papilionibus, et Dominus meus Joab super faciem terræ manet, et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et bibam et dormiam?* Afectos dignos de estos dias venerables y que necesariamente excitan la memoria de los misterios penosos de un Dios salvador en almas verdaderamente cristianas. El arca, no ya entre sombras, sino la que verdaderamente encierra á Dios vivo, sostiene el combate más crudo contra el pecado y las pasiones; y yo al mismo tiempo ¿formaré una infame liga con estos mismos vicios para insultarle? Mi general, mi Rey, mi libertador, no tendido sobre el duro suelo, sino clavado en un patíbulo y reducido á la última miseria, no alcanza aun una pócá de agua para apacar su ardiente sed que le consume; y yo en estos mismos dias ¿comeré con abundancia? ¿beberé con regalo? ¿dormiré blandamente? El autor de todo, el que viste á los lirios de fragante y hermosa pompa, al medio dia, y á vista de un numeroso pueblo se deja ver vergonzosamente desnudo; y yo ¿buscaré en estos dias galas con que lucir, adornos con que distinguirme, y oponiendo desnudez á desnudez, con la mia escandalosa arruinaré lo que pretende ganar Dios con la suya divina? Sentimientos, vuelvo á decir, que no solo inspira la religion, sino que dictan la naturaleza y el agradecimiento en un corazón racional.

Y ¿son estos, católicos, los nuestros? ¿Andamos á semejanza de las turbas cortando en estos dias ásperas palmas y amargas olivas de austera y rígida penitencia? ¿póro el contrario, convirtiendo en objetos de una curiosa diversion los que deben serlo de dolorosas reflexiones, nos coronamos de las rosas envenenadas del placer? ¿Nos desnudamos de los vanos adornos para ponerlos á los pies de Jesucristo, ó procuramos á competencia vestirnó con más profanidad? Lo que practica la mayor parte de los cristianos ¿presenta una idea de la sencilla aclamacion de las turbas: *Hosanna filio David*; ó de la desordenada inque-

tud de Jerusalem *commota est univesa civitas?* Verdad ignominiosa digna de sepultarse en el olvido; però tan notoria, que sin que la publique la lengua, están, no sé si horándola más que viéndola los ojos. Adornarse con galas que inventan en los unos el lujo y la vanidad; en las otras el nocivo deseo de agradar: sustituir al cilicio con que deberíamos estar cubiertos, ó al menos á las toscas bayetas con que manifestamos el dolor de la muerte de nuestros padres ó allegados, vestidos, ó costosos ó artificiosamente dispuestos, y que con una nomenclatura indecente se llama *gala de semana santa*: hacer al ayuno tercero de la gula, comiendo y bebiendo con más esplendidez y delicadeza al medio dia, por lo que no se come en las restantes horas: tomar ocasion de unas devotas procesiones para convites, visitas, refrescos en que suelen acabar la destemplanza, la murmuracion y el galanteo, lo que empezó la urbanidad: correr de iglesia en iglesia distraido el corazón, libre y desenvuelto el exterior, siendo el menor delito la curiosidad de ver y ser vistos; si esto sucede en México ¿no es México un retrato de la commovida Jerusalem? *Commota est univesa civitas dicens: quis est hic?*

El retrato es muy fiel para no conocer el original. Comocion, inquitud, desórden en todos los lugares y en todas las clases de personas: *univesa civitas*. Comocion en el pueblo bajo entregado á la destemplanza y á mil perniciosas libertades; comocion en personas de calidad agitados de inquietas pasiones de la vanidad y amor profano, que buscan su fomento donde debian hallar su más santo freno; desórden en las calles donde todo es confusion, tropelia y algazara; desórden en las casas donde todo es convites y ociosidad; desórden, y el mayor, en los templos donde las vistas inmodestas, las conversaciones, las risas, la dispacion parece que están desmintiendo aquellas ceremonias con que venimos á protestar que ha muerto y ha muerto por nosotros todo un Dios. A vista de éste, no sé si lo llame furor, locura, ó irreligioso escándalo, ¿quién no llorará las quiebras que padece nuestra reli-

gion, especialmente en un siglo que se ha abrogado el título del siglo del decoro y de la reforma de los abusos? Si se promueven las bellas artes, si se cultiva el lenguaje, si las costumbres se civilizan, se observan con una especie de afectación supersticiosa la propiedad y la imitación del natural en tanto grado, que hasta en el teatro se condenaria como barbarie no guardar el decoro y la verisimilitud. Yo, por tanto, no dudo que si la santa solemnidad de esta semana no fuera otra cosa que una representación teatral, en que todos nosotros compareciéramos como unos personajes fingidos para hacer el papel de hijos compasivos de un padre desgraciadamente muerto, no dudo, repito, que observaríamos en el traje, en las palabras, en las acciones y en todo el exterior un aire melancólico bastante á excitar la compasión.

Y ¡oh Dios Redentor! ¿no obrará en nosotros tu verdadera muerte, por lo menos, otro tanto de lo que obraría una representación fabulosa? Esclavos de un Señor que muere por redimirnos, criaturas de un Dios que nos reforma con su sangre, hijos de un padre que muere solo por nuestro amor, ¡qué títulos estos para reducirnos al extremo de la desolación! Imágenes funestas con que expresaba Jeremías el estado de la iglesia doliente por la muerte de Dios ¿cómo habeis desaparecido de nuestros ojos? Nobles y grandes de Sion postrados por la tierra observando un profundo silencio (1). *Sederunt in terra, conticuerunt senes filie Sion: calles anegadas en llanto, sacerdotes que gimen, vírgenes sin aliño y toda la ciudad oprimida de amargura: Vix Sion lugens, Sacerdotes ejus gementes; virgines ejus squalidas, et ipsa oppressa amaritudine* (2). ¿Y será posible que al llanto y los suspiros, que al silencio y al desaliño hayan sucedido la pompa, la disipación, las risas, el desórden y una inquieta universal conmoción? *Commota est universa civitas.*

He concluido, señores, porque las muchas ocurrencias

(1) Jer. tren., cap. II.

(2) Jer. tren., cap. I.

del día no me permiten dilatarme; pero acabo animado de un deseo enteramente contrario al que traen á este santo lugar los oradores. Nada más desean éstos que predicaros la verdad, y entonces quedan más satisfechos de haber cumplido su ministerio cuando conocen haber dejado convencido al auditorio de la verdad de su asunto; yo, por el contrario, deseo haberme engañado en lo que os he dicho, y quiero que vosotros tengais razon para censurarme de que un celo imprudente me trasportó á formar un retrato muy distante de la realidad; dichoso yo si á vista de un pueblo honesto y humilde en su traje, reverente y silencioso en el templo, modesto en las calles, mortificado en todos sus sentidos, llego á condenar mi engaño y á confesar que no desmienten nuestras obras las palmas que hoy pone la Iglesia en nuestras manos. Quiera Dios que así sea, que nuestro exterior edificante y nuestro corazon penitente nos hagan tener parte en las penas del Salvador, para tenerla en los gozos y triunfos de Jesucristo Rey de la gloria.



SERMON  
DEL  
LAVATORIO PARA EL JUEVES SANTO

ESCRITO POR EL  
DR. D. JOSE MARIA GALINDO

CHANTRE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OAXACA

*Exemplum enim dedit vobis, ut..... ita et vos faciatis.*

S. Joan., c. XIII, v. 15.

Aunque toda la vida de Jesucristo es una cadena de humillaciones, hay lances que marcan su humildad y la hacen más interesante. Tal es el admirable pasaje que sorprendió á sus discípulos la noche de la cena. Preparada ésta y sentada á la mesa toda la comitiva, Jesús se levanta, deja la capa, se ciñe una toalla y se postra delante de ellos para lavarles los pies con sus propias manos. Sería para los apóstoles este espectáculo, no solo de admiración natural, sino de un santo éxtasis de difícil adivinanza. Cierto es que estaba la solución del enigma para otra oportunidad; y aquella vez para tener parte con el Maestro, era preciso no resistir y dejarse lavar; así es que no quedó en proyecto el misterioso lavatorio, sino que literalmente recorrió Jesús la serie de los discípulos hasta la-

var á todos y darles este ejemplo sublime de humildad. *Exemplum enim dedit vobis ut..... ita et vos faciatis.*

Jesús iba en la cena de aquella memorable noche á celebrar la primera misa que se oyó en el mundo: en esta misa, nueva en toda la extensión de la palabra, había de conferir la dignidad del sacerdocio á los once predestinados y un réprobo que cenaban con él: les había de dar verdaderamente el cuerpo y la sangre del nuevo testamento, escrito con esa sangre y sostenida con ese cuerpo hasta su último instante. Les iba á pronunciar un largo y divino discurso, que contenía instrucciones sólidas y necesarias para el gran oficio de enviados por todo el universo. Era, pues, convenientísimo que el primer Pontífice les enseñara á formar el cimiento del edificio que se había de construir. A la altura debe corresponder el fundamento: ¿cuál será el de una iglesia que se ha de levantar hasta el cielo? Solo la humildad profunda de un Hombre Dios podría sostener una mole inmensa, que lleva el peso de todos los pueblos y de todos los siglos. Era también muy justo que los preparara con un lavatorio material, para indicarles el espiritual ó la suma pureza con que debían participar de aquel sacramento: enseñarles, digo, á humillarse delante de un Dios, cuando ese mismo Dios se había humillado delante de ellos... *exemplum enim...* Los discípulos vieron en esta asombrosa jornada una lección práctica de aquella mansedumbre y humildad en que quería ser imitado su Maestro, y nunca conocieron toda la grandeza de Jesucristo como cuando lo vieron postrado lavándose los pies. Si solo el recuerdo admira y la figura entenece, ¿qué sería ver el lance con todas sus escenas? ¿Qué emociones tan dulces! ¿Qué pasmo para aquellos hombres que se habían formado la idea más alta de su Maestro! ¿Qué!... diría cada uno de ellos, ¿cómo se postra á mis pies el que hace tantas maravillas y nos asombra con sus palabras? Los discípulos, que asistieron al Tabor, estarían confundidos, deseando explicaciones y mirándose unos á otros con los ojos llenos de lágrimas..... *quando lo...*

Lava ¡oh dulce Jesús! los pies de tus discípulos: purifica con este ejemplo de humildad esas víctimas, que iniciadas en el gran misterio de la Redención, escribirán con su sangre tu nombre y te confesarán en el rigor del suplicio. Lávales los pies, porque el que ya está limpio no necesita sino que se lave los pies..... ¡ah!..... pero no están todos limpios... ¿quién, pues, está sucio en ese senado de obispos? ¿Quién se atreve á profanar las primicias del sacerdocio y el primer sacrificio de la ley nueva, delante del autor de los sacramentos? ¡Ah, infeliz, mejor sería que no hubieras nacido.....! ¿Qué contraste entre la rebeldía de este apóstol y la docilidad de sus condiscípulos! Me parece muy propio este asunto, deducido naturalmente del mismo pasaje: lo tomo para que domine en todo mi discurso y para que corresponda á los misterios de este día: pidámos la asistencia del cielo.—**AVE MARIA.**

*Exemplum enim, etc.*

Fijando los ojos en este tierno lance, vemos dos escenas de suma importancia que se disputan la preferencia para llevarse la atención. Jesucristo á los pies de San Pedro y á los de Judas. Jesús con el pichel y el lebrillo (de los que quiso servirse personalmente para darle todo el tono á aquel lavatorio) excita unas ideas tan distintas en los dos discípulos, cuanto eran diferentes los corazones de un Simón Pedro, amoroso por naturaleza, y de un Judas Iscariote, venal por sistema y traidor á su Maestro. Yo veo en el primero la imágen de un pecador dócil, que al pequeño influjo de la gracia se da por vencido; y en el segundo la de un obstinado que con su resistencia tenaz se precipita en el abismo. ¡Oh, Pedro! ese lavatorio es la figura de

otro que has de hacer con tus lágrimas para quedar enteramente limpio. ¡Oh Judas! ese lavatorio, cuyas gracias resistes, es la última prueba ó el visto bueno de tu eterna reprobación. ¡Oh Jesús, con qué igualdad lavas á los dos discípulos y qué frutos tan desiguales produce el lavatorio! Este es el gran misterio del amor á Jacob y del odio á Esau. Adoremos el misterio considerando que Dios es justo en todas sus obras y que estamos obligados á recibir bien el lavatorio de nuestros pecados, imitando la docilidad de Pedro, que lo hizo feliz y desechando la obstinación de Judas que lo hizo desgraciado. Estas dos ideas dividirán el discurso en dos partes. Desenvolvamos la primera idea.

Comienza Jesús á desempeñar aquella humillante función y comienza por Pedro: el discípulo se asusta, no por el lavatorio, que ya era una costumbre en el país, sino por el modo y circunstancias de aquel que le sirvió; no por un fámulo, sino por un Señor de la representación de Jesucristo. ¿Tú me lavas los pies, le dice, tú, el Cristo, el Hijo de Dios vivo, á quien vi andar sobre las aguas, lanzar demonios, curar enfermos, resucitar muertos, convertir pecadores, imperar á los vientos? ¿Tú, el dueño legítimo de todo lo criado, el Omnipotente?... ¿Tú, postrado, me lavas los pies? Lo que yo hago, le contesta Jesús lleno de dulzura, tú no lo sabes; algún día conocerás el secreto de mis humillaciones y del pan celestial que te voy á dar de comer esta noche: algún día se te abrirá la inteligencia de este lavatorio, que ahora te sorprende porque no lo conoces: esta conducta que observo contigo y con tus condiscípulos, es la misma que observa mi Padre en el gobierno del universo: dispone todas las cosas con suavidad y deja á los hombres en una ignorancia muy útil, para que se rindan con docilidad á los decretos de la Providencia y se dejen conducir en las manos de Dios, sin una curiosa investigación. Pues no me lavarás los pies eternamente, le replica San Pedro. ¿Cuándo voy yo á permitir que Jesús me lave? ¿En dónde se ha

visto que el siervo sea superior á su amo, ni el discípulo al maestro? Esta réplica viva y animada, nacida del supremo concepto que se habia formado de Cristo, descubre todo el amor y reverencia de Pedro y lo aturrido que estaba sin poder unir unos extremos infinitamente distantes. Alabo la humildad, mas no apruebo el desaire. Cuando Jesus dispensa una gracia, es necesario recibirla. Convengo en que es justísimo humillarse delante de Jesucristo, pero si él lo manda ya es una ofensa resistirle. Así contesta á San Pedro, como resentido de las excusas: *Pues no tendrás parte conmigo si no te lavo...* ya no celebrarás la pascua en mi compañía... no serás un sócio de mi muerte ni de mi resurreccion... no serás del género escogido ni entrarás en mi reino... ¡Ah!... ¡terrible amenaza! ¿Quién no cede con una descarga tan furiosa? ¡Pobre Pedro! no se aturde tanto un labrador que ve caer un rayo á sus piés... Señor, le dice, si esta es la pena de los que resisten, si esa es la consecuencia de no dejarme lavar, *lávame no solo los piés, sino las manos y la cabeza...* ¿Quién no mira en esta estremosa salida todo el amor de Pedro y la docilidad de su corazon? El Maestro urge; negarse es perder su dulce sociedad, es enojarlo sobremodera. ¿Quién no se deja lavar por no perder á Jesucristo? El compañero inseparable aun en los prodigios más reservados, ¡separarse de su Maestro para siempre! Solo de imaginarlo se espanta..... no solo se docilita á la fácil operacion de dejarse lavar, sino que *está preparado á ir á la cárcel y hasta á la muerte* en obsequio de su maestro.....

Todos los días tenemos á Jesucristo á nuestros piés queriéndonos lavar: conoce que nuestros pecados nos han ensuciado hasta el extremo: le da dolor que una alma redimida con el infinito precio de su sangre, no participe del copioso diluvio que salió de su costado, para limpiar toda la tierra: quiere que todas las almas se laven; y él mismo, con una bondad suma, nos ofrece el misterioso lavatorio. Y qué ¿no nos ha de lavar eternamente? ¿Nos

hemos de contentar con nuestras impurezas? ¿Nos exponemos á no tener parte en los misterios de su gracia y de su gloria? No, y mil veces no: docilitémonos, pues, como Pedro al divino lavatorio: no dejemos pasar la oportunidad de la gracia con que nos favorece, no sea que tengamos la funestísima suerte de Júdas. Segunda idea.

Concluida aquella especie de cuestion entre el Señor Jesus y San Pedro, los demás apóstoles, no menos asombrados, recibieron de mano de su Maestro el lavatorio, sin hablar palabra, glosando el lance con mil ideas que se agolpaban en su imaginacion. Llega, pues, el Salvador á los piés de Júdas, y se postra delante de él. ¿Habéis visto á la tímida oveja en la presencia de algun lobo, como por el conocimiento que su naturaleza le inspira, conoce á su enemigo y se persuade de que ni su inocencia y humildad la han de poder salvar, sino que indefectiblemente será presa de aquella fiera obstinada en devorar ovejas? A ese modo me figuro á Jesucristo, Cordero immaculado, delante de Júdas, *conociendo que el impio* proyecto de este hombre inhumano se habia de sostener con su capricho inflexible, hasta entregarlo sin culpa en las manos de sus enemigos. Con todo, Jesucristo quiere hacer la última tentativa: bien podia, sabiendo la iniquidad de aquel discípulo, despedirlo del colegio, ó hacerle reprensiones y exigirle los motivos de una conducta tan opuesta al espíritu de caridad, que él mismo le habia enseñado de palabra y obra. Nada de eso: no quiere abochornarlo delante de sus condiscipulos; pero aquella palabra, *estais limpios, mas no todos*, que se escapó á su elocuente silencio, como fué pronunciada á la comunidad, reveló el misterio de la traicion, dejando cubierta la persona del traidor. Jesus con ternura lava el sacrilego pié y lo enjuga con la toalla: así quiere domesticar aquella fiera; con esa agua quiere extinguir el voraz incendio que veía en el corazon de Júdas y reducirlo á variar de sistema. Al fin era su discípulo, lo escogió él mismo: era, pues, justo no desgraciar una eleccion de toda una noche

de oracion mental. Jesus redobla las dulzuras de su insinuacion, hace brillar en la hermosura de su rostro, la santidad de su vida delante de Júdas: le inspira el conocimiento de que es su Maestro, de que es el Mesías prometido, de que es el Hijo de Dios: le pone en la memoria todos los prodigios que ha hecho delante de él: le hace un paralelo entre once discípulos fieles que se preparan á morir con el Maestro, y un apóstata ingrato que piensa entregarlo: le excita la idea terrible de una muerte pésima, sin dejar de endulzarlo con la imágen de la esperanza del perdón: en fin, le toca el corazón con el bellísimo pensamiento de que aun está en proyecto la entrega, de que todavía hay lugar á la misericordia. No parece sino que con el grupo de tan nobles ideas y con su interesante postura, le decía Jesus en el fondo del alma: "¡Llora, Júdas, te perdono tu culpa: ¿por qué me aborreces? Perdóname, ¿por qué me entregas en las manos de mis enemigos.....?"

¿Y Júdas?..... ¡Ah! funestamente impávido como un penasco duro, insensible al más furioso viento, con una indiferencia criminal ve aquella tiernísima demostracion, capaz de ablandar una piedra, y con una especie de burla, recibe el santo lavatorio, pues se asoma á su semblante la sonrisa de la traicion. ¿Habeis visto corazón más feroz y más bárbaro? Una sola mirada de Jesus bastó á San Pedro para llorar amargamente; para Júdas no bastan ni las palabras ni los mismos hechos. El conoce que su Maestro lo sabe: lo habia visto adivinar á una mujer el número de sus amantes, por lo que debía suponer que su delito no era oculto para Jesucristo..... no podia ni siquiera dudarlo; ¿pues hasta dónde llega la incua dureza de este hombre?..... El lavatorio se hace y Júdas queda más negro que la noche en que fué concebido.....

¿Cuál será el resultado de esta escena entre la oveja y el lobo, entre el amor y el aborrecimiento? Que se acabará la misericordia y llegará la desesperacion..... El que no quiso la pureza de un lavatorio, adoptará el rigor

de una soga..... Anda, pues, pérfido discípulo: *lo que has de hacer, hazlo pronto*: no amargues la divina tertulia con tu repugnante presencia: deja á los verdaderos amigos en sus dulces desahogos: déjalos en una santa confianza tener sus últimas conversaciones. Indigno de la sociedad de Jesus, anda y recibe el precio de tu Maestro, tú volverás el *miserable talego* cuando no te haya quedado más que un *árbol funesto donde suspenderlo*.....

¿Quién no tiembla al ver la desgracia de este obispo acabado de consagrar en el mismo comercio familiar de Jesucristo? Tiemble, pues, el pecador obstinado, que resista las insinuaciones de la gracia. Si su corazón se endurece, si no acepta gustoso el lavatorio con que se le convida ó lo recibe sin la sinceridad de un amigo, para entregar despues á Jesus con la ofensa de un Dios, tema la *soga* y el *árbol* del réprobo: la impenitencia final, digo, ese pecado contra el Espíritu Santo, que no se perdona ni en este siglo ni en el futuro. ¡Oh cristianos! Las dos escenas que os he pintado, son los dos extremos de nuestro último fin: el lavatorio de la gracia es universal, á nadie se le niega; ó se recibe con el respeto y docilidad de Pedro, ó con la infamia y sacrilegio de Júdas: no se da medio. Si se deja uno lavar como Pedro, el lavatorio produce todo su efecto, hasta tener parte en la gloria de Cristo: si se recibe como Júdas, el lavatorio produce el efecto contrario, hasta la separacion eterna de la compañía de Jesus. Abramos, pues, los ojos; reflexionemos en estas verdades de sumo interes; recibamos bien dispuestos el lavatorio por medio de la confesion, pidiendo siempre á Dios *que nos lave más y más de nuestra iniquidad*, para que puros, como el corazón de Jesus, lo acompañemos siempre en el cielo.—AMEN.